

CARTA A ZOHRA DRIF¹

Hélène Cixous

No he escrito esta carta. Todavía está ahí. Muda, presente, tímida, es mi carta a Zohra Drif. Permanece conmigo, inescrita, paciente. Tengo una carta blanca que no se va. Se dirige a Zohra Drif pero está retenida. La carta tiene sus razones. Para no escribirse. Para no borrarse. Va dirigida de mi parte a Zohra Drif en Argelia desde hace decenas de años. Lo que la detiene justo antes del papel y la mantiene entre mis riberas, mis países, es toda una historia. La pérdida de las palabras que nunca tuve.

Todo comenzó en enero de 1957. Cuando quise escribir mi carta a Zohra Drif. Fue un arrebato. Yo leía en los periódicos de París lo que sucedía en Argelia: la guerra de nacimiento causaba estragos. Guerra de la que yo desesperaba, y que finalmente había aflorado el día de mi desesperación, en noviembre de 1954, el gran terremoto del tiempo, el país encadenado había por fin arrancado sus lazos y sacudía los pilares del tiempo metropolitano ¡por fin! Me había ido la vispera, había huido de esta tierra en pena que no podía ni acariciar ni socorrer ni llamar mi madre sin ofenderla. Llego a Francia, un país extranjero distinguido elegante. Creía que llegaba a Francia. No me encontraba allí. Este país no es mi país. Aquí soy salvaje, un tanto rabiosa, alarmada, rebasada incluso aplastada por sus construcciones y sus costumbres, no consigo llegar allí. Me vuelvo cabra y carnero. Yo que en otro tiempo iba siempre descalza, tropiezo ahora con las moquetas de los edificios burgueses. Pero sin nostalgia. No me sentía en casa rodeada por los barrotes de mi cuna natal.

De Argelia mi amor y mi espanto me libera la Argelia que nace. Ella se libera. Este combate -del que yo había desesperado- por fin me libera: puedo irme sin que el pavor, la vergüenza la cólera impotente me persigan, y sin remordimientos. La pena que guardo de mi infancia por haber tenido como destino un nacimiento ingrato, a mi pesar, deja de perseguirme. África me concede mi primera salida. Argelia, liberándose, me libera de los pecados que no cometí y que fueron depositados como regalos envenenados en mi cuna.

Yo nací bajo la apariencia de la nacionalidad francesa, frágil simulacro que databa sin embargo por parte de mi padre, judío argelino de antepasados españoles, de 1867 y que fue destrozado de la noche a la mañana por las leyes antijudías de Vichy. J. D. ha contado en *El monolingüismo del otro* (pp. 31-37) este abuso de poder del Estado francés cometido a Hitler, hecho único en la Historia, que nos convirtió en "franceses" pero judíos, en octubre de 1940, y durante dos años, a nosotros nacidos "franceses", en sin-papeles, sin ley, sin techo, sin identidad, sin escuela, sin profesión.

El mar solo, nuestro buen mar, nos protegía de la deportación que afectaba a nuestros semejantes capturados en Francia. Estuvimos fuera dentro. El afuera se volvió mi adentro. Desde entonces nunca lo abandoné. Mi madre alemana judía acababa de vivir junto con toda nuestra familia germanófona la misma anulación. "Franceses" cómo habría podido

¹ Traducido del francés por Maribel Peñalver Vicea (Universidad de Alicante). Revisado por Marta Segarra.

yo creer que lo éramos, ni querer serlo cuando después de 1943 fuimos re-nacionalizados, títeres del buen gusto de un Estado que imponía su autoridad en un Imperio colonial del que África del Norte era el florón. Tenía tres años cuando me expulsaron del verdadero jardín donde acababa de ser admitida como hija de un médico oficial en el ejército francés, y que nunca se había abierto a los "indígenas". En octubre de 1939, mi padre el Doctor Cixous era médico teniente en el ejército francés, en el frente tunecino. En octubre de 1940, siendo yo una niña, lo vi quitar su placa de médico de la puerta de nuestra casa: ya no era francés ni médico. Judío.

Barrotes altos hasta el cielo, invisibles y móviles han cercado mis infancias. Estuve siempre separada de mis verdaderos allegados como de mí misma. Indecisible pero decidida y condenada por un Estado inicuo para el que debíamos ser eso o aquello que no éramos.

Sobrevivía entre los barrotes. Argelia me había concedido la salida. Pero Francia no podía darme la llegada. Entre 1955 y 1956, vivía en la lengua francesa, en los libros, en el papel. Esta guerra, en mis ciudades natales, era una ruda primavera.

Entonces supe por los periódicos que en la Casbah de Argel un jefe del FLN y su compañera hacían frente a los ataques del ejército francés. Lei de repente el titular. En la Casbah, la más antigua de las ciudadelas de Argel, la más replegada, la tortuosa, la cascada de callejuelas de olor a orines y a especias, el secreto de Argel, y, si hubiera podido entonces nombrarla por su nombre escondido, la habría llamado el sexo feroz y reservado, la antigua feminidad. Sí, la Casbah con sus pliegues y su pueblo poderoso y pobre, su hambre, sus deseos, su vaginalidad, fue siempre para mí el sexo clandestino y venerado de la Ciudad de Argel.

Y ella se resistía a la violación.

Desde el fondo de mi reclusión voluntaria en Francia yo seguía, espectadora sin suelo, sin techo, sin nacionalidad del alma, la obra que se representaba en los lugares sagrados de mi antigüedad. Shakespeare en Argelia. El acto de la Casbah. Entra: Zohra Drif. Éste es el destino y sus contratiempos. Yo habría podido nacer Zohra pero nací Hélène aunque un poco de Zohra en mí nunca dejó de morder el freno.

Entra Zohra. Conozco bien las sendas y las terrazas. Es en Casbah donde mi madre la Kabla asiste en los partos. La Casbah, lugar de las natividades.

Di un enorme grito de alegría. Había una mujer que estaba intentando liberar la Casbah. Tiene el pelo rubio ensortijado, un cuerpo tranquilo, - me detengo-, volveré

Toda esta historia había empezado en el acto anterior en 1947. El decorado: el instituto Fromentin, la antítesis de la Casbah. Es el instituto más bonito del mundo. Un lugar mítico. Imaginen un antiguo palacio morisco, rodeado de jardines escalonados de donde salían entre los enormes árboles pájaros flores con el pico anaranjado de las strelitzias. La avenida que conduce a los edificios de las aulas está flanqueada de taludes frondosos. La hermosa construcción en una pequeña colina, anidada en las alturas de Argel. Pero por encima de sus bellezas primitivas se extiende una mascarada guerrera: este instituto fue durante la guerra mundial que se aleja lentamente de sus muros la sede de las altas instancias políticas y militares francesas. Entonces pusieron a la casa un camuflaje que permaneció en ella y la monumentalizó. Las paredes están pintadas con frescos que simulan árboles de color marrón y caqui. Engañifa. Todo es engañifa. En este instituto Fromentin, mi padre, que venía de Orán la bulliciosa para instalarse en un barrio miserable de Argel, me matriculó en el curso 1947-48. Lo que él no sabe: el instituto estaba gobernado hasta en

lo más recóndito de su alma por el espíritu del *numerus clausus*. El espíritu de Vichy. ¿Qué es el "Numerus Clausus"? *La cifra cerrada*. Estas palabras latinas ennoblecen una letra mental: Cifra cerrada quiere decir exclusión: El hermoso instituto cerró ayer mismo sus puertas a los judíos, como todos los lugares públicos, pero no del todo: la ley obligaba a excluir a los judíos incluyendo el 1 ó el 2 % de los judíos coartadas y rehenes. Una vez acabada la guerra todas estas medidas racistas legales habían sido enterradas en el olvido. Pero en el instituto Fromentin, no se había olvidado el placer de la exclusión. Sencillo se había perpetuado clandestinamente una tradición. Así fue como hice mis estudios en un instituto donde las judías podían contarse con los dedos. Yo misma fui la única judía de mi clase casi todo el tiempo. Mi padre murió en la madrugada de 1948 sin haber tenido tiempo de medir la magnitud de la enfermedad. Sin embargo, desde 1947, tuvo que intervenir dos veces contra una catolización insidiosa ilegal de la enseñanza.

El instituto Fromentin no podía ser detestado. Era una feminidad, moderna, suntuosa, con terrenos de gimnasia luminosos, tenía eucaliptos, pasillos secretos, subterráneos, un día nevó, en el recreo en un patio edénico nos peleábamos cerca de la vieja Maria Carabosse un hada pequeña escuchimizada en forma de piruli roto que vendía pirulíes. Pero yo no podía amarlo con libertad. Oía a Vichy en los hermosos pasillos y en los despachos.

Viví rebotada, irritada, y cada año más intensamente alimentada de vigilancias, de rebelión. Detectaba los resabios de racismo y de colonialismo en los profesores. Reinaba un culto a Francia que nunca se ponía en duda. Aprendíamos Francia. Solamente las profesoras francesas que venían de Francia aportaban, paradójicamente, un aire fresco de extranjero. El resto en su mayoría, "francesas de Argelia", vivían cómodamente sentadas en los divanes de un volcán, como viven las señoras ciegas antes de la Revolución.

Téngase en cuenta que no había ningún discurso explícito. Ello hubiera facilitado mi vida y mi misión íntima. Pero todo era signo y sintoma. Entonces yo hacía, sola, mi lectura política, y sin tener a nadie en quien confiar mis sospechas, joven, aún no formada, pero desde siempre en alerta. Las alumnas mis compañeras todas francesas y cristianas menos insidiosas y peligrosas que los profesores. Ocupadas por la infancia en los jardines embrujados de Fromentin. Dentro, no había más que Argelia sin argelinos. Era natural que a una compañera que no prestaba su goma a otra, ésta le dijera: "no te hagas la judía". El día en que oí esta frase, tenía once años, pedí una explicación. La otra, mayor, me la dio: quiere decir: no seas avara. Protesté sin ser comprendida. Para ella la expresión formaba parte normalmente de la cultura francesa. Mi padre acababa de morir.

Había solamente signos invisibles: ausencia de judías, ausencia de musulmanas. Brillantes ausencias que me sacaban los ojos y me dejaban sin aliento. ¿Cómo hacer ver lo invisible? Argelia colonial campeona del mundo del hacer-invisible: no necesitábamos siquiera apartheid: podíamos pasearnos en medio de la multitud argelina sin verlos. Decían "los árabes" (pero no argelinos: argelino es una palabra revolucionaria) y era una palabra mágica: ya no se veía a la multitud, ni las miradas febriles de los hombres ofendidos, ni a las mujeres ariscas, ni una miseria que nunca había vuelto a ver antes de encontrarla en la India, ni la cólera de los humillados, ni el odio de los oprimidos, ni las úlceras, ni los andrajos. Los "blancos" llamados "europeos" gozaban de todas sus fuerzas. Nunca había visto un apetito igual. Aún hoy experimento desconfianza y repulsión respecto al gran júbilo de los franceses de Argelia. Adiviné en el sintoma: la fiesta antes de la tempestad.

El camuflaje del instituto Fromentin se extendió a toda la realidad.

Veía lo invisible. Oía los deslizamientos furtivos en los discursos de los profesores de francés, de historia y de geografía. Me daba cuenta de los escamoteos. Y nadie a quien compadecer.

Mi hermano, alumno del instituto Bugeaud, en la ciudad, tenía la suerte de estar en un teatro donde todo se decía. Los insultos volaban. Había judíos y musulmanes entre la mayoría colonialista. Podían incluso llegar a las manos, alivio de la sed de justicia.

Pero en el instituto Fromentin un velo ahogaba todos los sentidos. Reducida a la impotencia, me debatía como una bestia: no existían las palabras. El veneno circulaba como quien no quiere la cosa. Yo soñaba con batallas. Hacía mis composiciones como el campeón de una causa que no existía -y que no era reconocida.

A los trece años me fui a pasar el verano a Inglaterra mi primer país de ultramar y juré abandonar mi prisión en cuanto pudiera.

Fue entonces cuando aparecieron en el instituto tres musulmanas, en mi clase. Entraron enseguida, con un privilegio absoluto, para siempre en mi memoria. En una temporada se me hicieron inolvidables. Yo no sabía nada. Solamente que eran para mí las encarnaciones de la verdad. ¿Pero cuál?

Samia Lakhdari, Leïla Khaled, Zohra Drif. Una morena, una pelirroja, una rubia. Una sonriente, una risueña, una seria. Es muy difícil contar una historia que no tuvo acontecimientos. Esta historia me sucedía. Lo que me sucedía, yo lo sabía, era Argelia. Que la llegada de tres muchachas tuvo en mí una dimensión profética, lo viví. Sola. No tenía nombre. Era bíblico. Tenía el mensaje. No porque ellas mismas me lo hubieran dado. Sino porque yo lo recibí. Estuve atada a su presencia.

Todo esto no se decía. Mi vida había cambiado de horizonte, de sentido. No lo decía. Experimentaba una sensación de comunidad. Con ellas. Pero decirlo no tenía ni oportunidad ni sentido. Hubiera sido en una anticipación, una declaración de amor para el futuro aún bien escondido tras las frondosidades de Fromentin. *Mi* vida había sido transportada a otro planeta. Yo tenía necesidad de ellas, de su libertad futura para que la mía pudiera eclosionar. Necesitaba indefiniblemente un hallazgo, un reencuentro, una alianza, pues con ellas me hacía sentido. Las llamaba en silencio y sin esperanza. Estaba detrás de los barrotes de un destino demente, acorralada en casa de los franceses mis desemejantes, mis adversarios, con la manos tendidas hacia los míos, al otro lado, manos invisibles tendidas hacia mi propia tribu que no tenía ojos para mí. Para ellas, seguramente yo era lo que no era: una francesa. Mi deseo por ellas tan antiguo, mi deseo de inocencia, de purificación, inaudible. No hubo un *nosotros*.

Mi soledad aumentó. Pero era más alegre. Me reí mucho con mis tres amigas, aquellas que quise para otro tiempo y no sabían hasta qué punto de necesidad las quería. En el estrecho contacto del instituto permanecieron siempre para mí mis lejanas, mis muchachas en flor, ellas viviendo en mí, yo sin habitar en ellas. Podría contar mil detalles de esta relación casta y audaz. Pero la carta a Zohra me espera.

Abandoné Argelia en 1955. Sin duelo. Sin idea de volver. Me quité las vendas. Basta de callar. Basta de tragar. Me quité la mordaza. Comencé. Dejé por fin de ser la que no era. Y fui la extranjera que yo era. Desconocida. Aliviada de mi doble la cólera que me había acompañado hasta entonces. Ya no tenía que cargar más con los pecados de Francia, yo que había sido desde mi infancia expulsada y maldicida por Francia. La guerra, por fin, la justa.

Según la tradición de mi padre, mi hermano, estudiante de medicina en Argel, estaba comprometido a favor de la lucha de los argelinos por la independencia y lo estaba en Francia naturalmente. Ya no éramos esos maniatados despreciados y desconocidos, esos rehenes de la comedia trágica de las nacionalidades. Por fin existía lugar porvenir, causa, promesa: Argelia para los argelinos. No para mí, por supuesto. Por fin podré gozar de ser

liberada de la usurpación del robo, de la expropiación, de la esclavitud, de los crímenes franceses.

Leí entonces el periódico: Zohra Drif armada en la Casbah. Junto a Yacef Saadi. Era el mensaje. El resumen de los libros escritos más allá de nosotros. Somos personajes de un gran relato. Nos movemos línea a línea en la página sin ver nunca el volumen donde figuramos. Pero sucede que el Autor nos eleva una mañana fuera del capítulo y, manteniéndonos más allá de la intriga de nuestras existencias, nos revela brevemente la arquitectura del conjunto, el ajuste de los detalles, la concordancia de las metáforas y, en un instante, vemos al exterior de nosotros mismos la figura de nuestra historia.

Tuve mi visión. Una exultación me sobrecogió. La incandescencia murmuró: escribe una carta a Zohra. Sí, sí, una carta a Zohra Drif. Algo, un saludo, un goce, lo que sea.

No la escribí. No con palabras. Permaneció en mi deseo, esperando. Buscaba las palabras, su forma, su tono, su dirección. Yo buscaba. ¿Adónde dirigirla? Falsa pregunta. Una vez redactada, ella misma se las hubiera arreglado para encontrar a Zohra en la Casbah. No es eso. No la escribía. Revoloteaba a mi alrededor. Le sonreía de lado. Iba a escribirla pronto. Escribiría: Zohra, es Hélène. No, no es eso.

Pondría: Zohra, Argelia, por fin, tú, lo había presentido, no lo había esperado, había algo detrás de tus ojos que se ocultaba, una precaución, por fin tú. Diría: "hemos sufrido tanto separadamente, nuestros dientes han chirriado tanto y hemos tenido que tragar tanta confianza amarga". No. Yo tenía diecinueve años, experimentaba la carta imposible. Era la primera vez. En la carta imposible queremos explicarlo todo a Dios, comulgamos, no somos ni humildes, ni orgullosos, reconocemos y somos reconocidos, entre nosotros la incomprensión reina respetuosamente, hablamos en sobrehumano sin vergüenza y sin pudor, pasamos noches viéndonos escribirla, de hora en hora nos levantamos, nos acercamos, renunciamos al alba, aún estamos demasiado lejos de la altura necesaria. Somos tan pequeños y tan enmarañados, la escribiremos mañana.

Lo que yo no quería escribir era una carta del instituto Fromentin, ni una carta del instituto Lakanal en Sceaux. Quería la imposible, la única que fuera digna de la inmensidad del acontecimiento.

¿Cómo escribir, según la justicia, a Zohra Argelia? La carta a Zohra no me abandonó. Hay cartas que no se escriben, lo que no quiere decir que no existan. Cambiadas en súplica y en pensamiento, permanecen cerca de nosotros, durantes decenas de años, dispuestas a ser, inolvidadas, sublimes. Esperando que alcancemos la región donde puedan transformarse por fin en frases. En esta carta yo decía: Zohra, luego las palabras se iban y toda la historia de Argelia rompía desde el Atlas hasta el Tell, la hoja no contenía esos relieves que siempre he adorado sin haberlos visto nunca.

Era una carta a imagen de mi fatalidad de Argelia: muda, ardiente, fiel, entusiasta. Prohibida. Puedo hablar de ella puesto que siempre está ahí. No ha pasado. No la he dejado caer en el olvido. Lo sabe. No la he rechazado. Es el retrato de mi propia inexistencia, fantasma que yo era de niña y de joven, subrepticia y desconocida en el instituto. La guardo, inacabada. Es la única foto de mi alma que acepto como testigo de mi extrema impotencia argelina.

¿Hay otras razones de este no-suceder? El miedo al amor el miedo al odio. Muchas otras sin duda, pero no las conozco.

Cuando en 1993 encontré a Hamida, mi primera argelina cercana a mí, en realidad, sentada a mi lado, sentada al lado de ella en una mesa como si absolutamente nada nos separara, sin montaña, sin infamia colonial, ni religión ni muralla ni silencio secular, cuando me encontré yo misma y a ella, Hamida que me hablaba temblando, de las cabezas

cortadas, de los degollamientos, del Asesinato que se apoderó de este país, y nada me encerraba, no era expulsada, en la hora primera que nos unía, pregunté a Hamida por Zohra Drif. Como si mi carta muda hubiera esperado cuarenta años a que Zohra le respondiera.

18.2.1998